



SOY DOS

Dana Hart

Soy dos. Una escisión.

Pero no como en las películas. No como un fenómeno que ocurre desde el nacimiento y me determina por biología. Sino como una saeta. Como un rayo que cayó, algo que ocurrió en algún punto del crecimiento. En algún momento de la vida.

Soy dos. Producto de la vida misma. Del desarrollo. De los años. De lo que me sucedió. Sí, soy dos producto de lo que me pasó. Tuve un novio. Bueno, él decía que era mi novio. Él jugaba a ser mi novio. Fingía serlo. Porque yo tenía siete años y él era veinte años mayor. Él me inventaba que éramos novios. Y decía que nadie se podía enterar. Ni mi mamá. Ni los amigos. Ni las vecinas. Nadie. Específicamente, él me decía, en forma repetida, que nadie podía saberlo, que nadie lo iba a entender. Que nadie iba a comprender el amor entre él y yo.

Me lo decía, una y otra vez. Que especialmente mi madre, nos iba a echar de la casa, tanto a él, como a mi.

Después de escucharlo, en mi mente yo era una persona adulta, que se veía a sí misma teniendo que hacer sus maletas para irse, sin saber hacia dónde, expulsada por un ataque de celos de una igual. Era una. Con él. Que me educaba para su servicio. Y era otra. Conmigo. Con el resto. Con la gente a la que quería engañar, haciéndoles creer que era una niña, cuando en realidad, yo creía que era una adulta.

Pensaba que él me amaba. Eso era amor para mi. Saber que iba a llegar cada noche. Porque jamás me lastimaba. Era todo amor. Era todo dulzura. Era todo afecto. Y yo pensaba que era cierto. Cuando cerraba los ojos y él me decía “Te amo, Laura”, yo pensaba que estaba entre sus brazos, entre los brazos implacables del amor.

Hasta los once años, no pude verme a mi misma como lo que realmente era, una niña. No pude verme las manos, y su tamaño pequeño, ni las piernecitas, ni la carita. No podía dimensionar mi propia estatura.

Ahora, de adulta, cuando me imagino a mi misma en aquella situación, lloro, porque me apena verme así, tan indefensa, tan solita, entre las manos de un monstruo, aparentando ser amor y ternura. Él también era dos. Él era, sobre todo, dos.

Tan chiquita. Tan solita. Lloro sola. En la micro. En la calle. Todo me aterra. Soy una, cuando lloro. Luego soy nuevamente dos. Vuelvo a ser dos, cuando abro los ojos y las lágrimas se cierran. Para cuando entendí que eso no era amor, que era abuso, que era violencia sexual, patriarcal, machista, ya era tarde. Ya era dos. Una fractura. Me volvieron dos.

Soy dos. Viajando por el tiempo como un fantasma. Recorro calles y ciudades. Puedo ver hacia atrás. Puedo ver hacia adelante. Hacia el futuro y hacia el

pasado. Mezclar el presente con algún recuerdo, como si el tiempo no fuese más que pinturas sobre una paleta manchada. Siempre seré dos. Dos que redimir. Dos que ajusticiar.

www.danahartescritora.com

